

MISION DE LA IGLESIA

Observación previa

1. En la anterior exposición del nacimiento y carácter divino-humano de la Iglesia tuvimos que hablar muchas veces de su misión. Pues la fundación de la Iglesia por Cristo, así como su configuración por El recibieron su sentido de las tareas que Cristo les asignó. Por las tareas que debía cumplir creó Cristo el neotestamentario pueblo de Dios. Para cumplirlas le dió una constitución apropiada. Dice el Concilio Vaticano: «El Pastor eterno y guardián de nuestras almas (*I Pet.* 2, 25), para convertir en perenne la obra saludable de la redención, decretó edificar la Santa Iglesia en la que, como en casa del Dios vivo, todos los fieles estuvieran unidos por el vínculo de una sola fe y caridad. Por lo cual, antes de que fuera glorificada, «rogó al Padre, no sólo por los Apóstoles, sino también por todos los que habían de creer en El por medio de la palabra de aquéllos, para que todos fueran una sola cosa, a la manera que el mismo Hijo y el Padre son una sola cosa» (*Jo.* 17, 20 y sig.). Ahora bien, a la manera que envió a los Apóstoles—a quienes se había escogido del mundo—, «como El mismo había sido enviado por

el Padre» (Jo. 20, 21); así quiso que en su Iglesia hubiera pastores y doctores «hasta la consumación de los siglos» (Mc. 28, 20). Mas para que el episcopado mismo fuera uno e indiviso y la universal muchedumbre de los creyentes se conservara en la unidad de la fe y de la comunión por medio de los sacerdotes coherentes entre sí; al anteponer al bienaventurado Pedro a los demás Apóstoles, en él instituyó un principio perpetuo de una y otra unidad y un fundamento visible, sobre cuya fortaleza se construyera un templo eterno, y la altura de la Iglesia, que había de alcanzar el cielo, se levantara sobre la firmeza de esta fe. Cfr. S. Leo M., *Sermo 4 de natali ipsius*, 2 (PL 54, 150 c). Y puesto que las puertas del infierno, para derrocar, si fuera posible, a la Iglesia, se levantan por doquiera con odio cada día mayor contra su fundamento divinamente asentado; Nos, juzgamos ser necesario para la guarda, incolumidad y aumento de la grey católica, proponer con aprobación del sagrado Concilio, la doctrina sobre la institución, perpetuidad y naturaleza del sagrado primado apostólico—en que estriba la fuerza y solidez de toda la Iglesia—, para que sea creída y mantenida por todos los fieles, según la antigua y constante fe la Iglesia universal, y a la vez poscribir y condenar los errores contrarios, en tanto grado perniciosos al rebaño del Señor» (D. 1821).

En la tercera sección de esta obra, que ahora empezamos, vamos a estudiar sistemáticamente la misión de la Iglesia. Para ello será inevitable repetir algunas cosas ya dichas. Pero en la repetición se iluminarán de nuevo y se explicarán más ampliamente.

Si la Iglesia tiene carácter divino-humano es *a priori* natural que continúe la misión que Cristo realizó en su vida. Él instauró el reino de Dios procurando con ello la salvación de los hombres. Lo mismo habrá que decir, por tanto, de la Iglesia. Está al servicio del reino de Dios y de la salvación de los hombres. Surge la cuestión de cómo cumple esta tarea. Cumple su misión predicando la palabra, administrando los sacramentos y ordenando toda la vida eclesiástica. Toda la Iglesia es responsable del cumplimiento de estas tareas. Sin embargo, Cristo ha dado a la comunidad del pueblo de Dios una estructura apropiada a sus tareas, por la que se reparten los poderes y responsabilidades. En razón de su voluntad fundadora el único poder de misión transmitido a la Iglesia se divide en poder de orden (poder de conceder vida) y poder de jurisdicción (poder ordenador). Estos poderes competen sólo a determinados miembros de la Iglesia. Por otra parte se estructuran dentro de la Iglesia gradualmente de

forma que existe una jerarquía del poder de orden y una jerarquía del poder de jurisdicción. Ambos poderes parciales no están estrictamente separados el uno del otro, sino íntimamente unidos entre sí. Los miembros que no son portadores de estos poderes tienen que cumplir, sin embargo, en la Iglesia importantes e insustituibles tareas.

Cristo ha confiado a la Iglesia por El fundada, y a nadie más, la mediación de la salvación preparada por El. La Iglesia es, por tanto, necesaria para la salvación. La Iglesia no tiene ningún encargo inmediato respecto a las múltiples formas de la vida terrena, sin embargo, su misión repercute también esencialmente en la vida terrena.

2. Y así resulta la siguiente división para esta sección tercera. Primero, hay que estudiar que la Iglesia sirve al honor de Dios y a su reino, después habrá que tratar la función mediadora de salvación de la Iglesia; habrá que estudiar además los poderes que competen a la Iglesia y sus portadores y explicar el papel de los «laicos» en la Iglesia. Como la predicación de la Iglesia alcanza su última seguridad en la infalibilidad papal, se dedicará a esta una extensa exposición. En estas explicaciones se incluye la explicación de las relaciones de la Iglesia con los órdenes mundanos, en especial con el Estado.

APARTADO

LA IGLESIA Y EL HONOR DE DIOS

§ 174

El honor de Dios como tarea de la Iglesia

I. Su cumplimiento inmediato

1. Cristo transmitió a la Iglesia su propia misión. Ella continúa, por tanto, la misión del Señor. La misión de la Iglesia está incluida en la de Cristo (*Lc.* 10, 16; *Jo.* 17, 18; 20, 21; véase § 167 c). La transmisión de la misión de Cristo a la Iglesia no significa, que